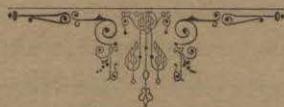


Los poetas de la guerra franco-prusiana no cantaban después de comer, ni escribían oyendo el cadencioso hervir de la grasa en la olla del puchero. Escribían ayunos, escuchando el rodar de las cureñas y viendo cómo la metralla rompía en el aire negro su flor roja.

Barbier no alcanzó esa gloria augusta. La sátira no puede flamear nunca tan alto como la verdadera poesía patriótica. La sátira se arrastra; la oda vuela. Mas en la categoría de los poetas políticos, Barbier ocupa uno de los primeros escabeles. Su verso candente chirriaba al tocar la carne viva. Pero el hierro se enfrió sobre el desnudo yunque, y el poeta no volvió á hallar el horno incandescente de otros días.



A MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

«Noviembre 7 de 1893.

Sr. Don Manuel Gutiérrez Nájera.

Presente.

Querido Duque:

Ahí va ese libro, como mío, bastante insignificante; es mi embajador cerca de Ud., y bien sé que para ser recibido es demasiado pobre. ¡Qué más; su traje está zurcido con trozos de todos colores, verdadera capa de mendigo!

En la república de mis ideas, en donde á cada paso se suscitan asonadas y motines, que temo llegue un día en que no pueda dominar y den al traste con mi exígua autoridad, no ha habido bastantes recursos para hacer á mi enviado extraordinario más presentable: sin embargo, dígnese Ud. recibirlo. Es demasiado humilde, pero lleva la expresión sincera de mi afecto y de mi admiración por Ud.

Mucho he de agradecerle, si tan afortunado soy, que lo reciba Ud. entre sus libros, y le conceda un momento, que me diga cuanto de él piense y la impresión que le cause.

Su amigo y seguro servidor que lo aplaude y admira.— *Manuel Larrañaga Portugal.*»

He consentido en publicar la carta de Ud., amigo mío, á pesar de las frases lisonjeras que para mí tiene, porque esa carta señala modestia en quien la escribió, y la modestia, siendo tan recatada co-

mo hermosa, sale poco á la calle: así que, cada vez que la vemos hemos de saludarla con cariño y detenerla con respeto para sabrosamente conversar.

Ya está, Manuel, mi nuevo joven y gallardo huésped, en el alojamiento pobre que muy de buena voluntad le dí; no entre libros que atedian á los poetas, ni oprimido por gruesos volúmenes, ni revuelto con plebeyos ni manoseados papeles, sino en la sala de armas donde esplenden los TROFEOS de José María de Heredia, el orífice insuperable del SONETO. Ahí le tengo para que pruebe las armas con Abelardo López de Ayala y Numa Pompilio Llona, los dos sonetistas más airosos y diestros que conozco de cuantos esgrimen habla castellana.

Tiene Ud., buen amigo, entre otras varias cualidades seductoras, una que por igual cautiva á caballeros y á damas: el valor. Confísole que me desespera y pone miedo la perfección del soneto, no producto de muy paciente labor china, como quieren algunos, sino obra de prócer mosaísta. Saint Beuve, en un rasgo más de poeta que de crítico, definía el soneto diciendo que «es una lágrima dentro de una gota de rocío.» — ¡Qué trabajo el de encerrar aquella diáfana amargura dentro de esa fresca limpidez!

¡Y qué diré del tal soneto, después de haber leído y releído *Les Trophées* de Heredia! ¡Ah, en verdad abruma la impecabilidad de ese poeta! Si no fuera porque es delito blasfemar, diría que á ratos cansa la virtud artística, sin arrugas ni máculas, del Arístides que nombré.

Ningún poeta francés de la época presente, ni Leconte de Lisle, le supera en pulcritud, en limpieza, en atavío imperial: ha escudriñado todos los secretos de la forma; ha vencido todas las dificultades y todas las asperezas del idioma; doma la idea, pule la frase, esmalta la imagen; rebusca el vocablo que esculpe, que colora ó que canta; traza con inflexible precisión la línea; redondea por sabio modo cada ángulo; y cuando el soneto, ya acabado, al aire libre, prende y matiza los rayos de luz en sus facetas, no corre ninguna gota de sudor por la apolínea frente del artista, ni algo saliente, hinchado en su musculatura, indica el pujante esfuerzo que requirió la magna obra. Con razón dice de él Julio Lemaître que ha escrito «sonetos tan llenos que valen tanto como largos poemas y tan sonoros que, bastando la voz humana para recitarlos, se ha menester decirlos en broncea trompa.» Paul Verlaine, refiriéndose al mismo Heredia, ha dicho que «el soneto ha tenido en ese español singularmente francés, su

gran poeta definitivo.» ¡Oh, á ese fastuoso soberano del ritmo, del color y la eurytmia, hay que acercarse con las manos llenas de dones y los ojos bajos!

¿Traducir á Heredia en verso castellano.? ¡Qué locura! ¿Hacer sonetos después de Heredia.? ¡Qué temeridad! Y sin embargo, Manuel, Ud. tuvo ese arrojito, fué temerario, noble y altamente: la Fortuna prometida á los audaces, le ha premiado. Como los CONQUISTADORES que pinta Heredia en admirable soneto, yendo á la conquista del «fabuloso metal» que Cipango acendra en sus lejanas minas, partió Ud., hendiendo el «azul fosforescente del mar de los trópicos» que le halagaba como en sueños con áureos y perennes espejismos, y asomado en la «carabela blanca» vió surgir del piélago profundo y remontarse al cielo desconocido, nuevos astros.

La tarea debe haber sido ímproba. En el idioma castellano—dice un crítico muy entendido, Don Manuel de la Cruz—menos trabajado que el idioma francés y por su índole menos expresivo, acaso Heredia no hubiese podido ejecutar sus maravillosas miniaturas de líneas, colores y sonidos. No obstante su sonora pompa y su tendencia ingénita á la amplificación, que lo hacen tan apto para el eufemismo, por la misma opulencia de su caudal, contiene todos los elementos propios para realizar en prosa ó en poesía labor idéntica á la realizada por Heredia en su lengua adoptiva. Pero esa opulencia del castellano redundaba en daño suyo: raro es el escritor cuyo vocabulario corresponde á la riqueza del idioma; muchos iterativos al par que tantólogos hacen pensar en la lucha primitiva del cerebro de un cafre, preparado para manejar dialecto rudimentario de alaridos y silbidos, y empeñado en adoptar por instrumento de expresión un idioma pródigo, de matices incontables que lo anonadan y ahogan. Recuerdan los más el estado del hombre primario, inerme ante la fiera armada de sus garras, desnudo ante el sol que lo tuesta y el frío que lo entumece; ignorante de que bajo el pedruzco que pisa su planta desgarrada, está el hierro con que puede abatir á los reyes de la selva; en la hierba, la fibra que puede librarlo de las quemaduras de la luz; y en el vellón de la oveja ó en el copo de nieve del algodónero, la lana que lo escudará de los dardos punzantes de los hielos. Nuestro arcaísmo no es, en rigor, la moneda que pierde su ley en la circulación; es la hoja de Toledo que la incuria y la ignorancia abandonan á los estragos de la intemperie y á la voracidad del tiempo. Así se explica que un filólogo cómo el venezolano Ba-

ralt calificara como espúreos galicismos numerosas palabras del más rancio abolengo, y así se explica, en consumados hablistas, el horror invencible al neologismo, aunque ésta sea la expresión de una necesidad ineludible.

Usted, Manuel, ha sorteado en sus FLORES DE IRIS los obstáculos más recios; ha escogido bien las palabras para producir determinadas sensaciones; y su trabajo prismático deslumbra, como que refleja y despide, en haz de brillantes dardos, nuestra luz; encanta por su tersura y pulimento, como obra de tenaz y óptimo lapidario. «La nota más grave que el ojo humano puede percibir es el rojo, dice Briat, y la nota más aguda es el violeta:» entre esas dos notas extremas están comprendidos todos los colores del iris.

Del rojo al violeta se extiende el dominio señorial de Ud. Proceden de Heredia esos sonetos — ¡qué mayor elogio! — por la forma policromática y cincelada: son rigurosamente «parnasianos.» ¡Qué collar tan rico! ¡Para cuello de reina oriental lo trabajaron! Del ángulo flotante de Iris «la aérea y vaporosa,» de Iris la que en sus sandalias y en sus hombros lleva alas de oro; la que lleva en la diestra el cadúceo y en la siniestra mano el canastillo colmado de jugosos frutos; la de túnica larga y breve pie, cayeron esos sonetos luminosos

Cuentan los amigos íntimos de Ud., que no le costó esfuerzo ni perseverancia el escribirlos: al cielo azul, cuando anochece, no le cuesta trabajo hacer estrellas.

¡Qué magnífica es, Manuel, la juventud, si el genio la fecunda!

Siga Ud. amando á la mensajera de los dioses, siga ascendiendo por el arco-iris que une las profundidades del Océano con la cumbre del Monte Ida, y cultive el soneto, «la estrofa única cuya simetría nace de la semejanza de una sola serie con un tipo mental conocido.» Amé la luz. . . y no olvide á la doliente y pobre sombra, que también la sombra tiene astros. Lemaitre aconseja á Heredia esto: «hojear, antes de acostarse, catálogos de espadas, armaduras y muebles antiguos; pero al propio tiempo, echarse de bruces con más frecuencia sobre la roca musgosa en que soñaba Sabínula.»

Yo me permito aconsejar á Ud. que á veces guarde una lágrima dentro de irisada gota de rocío.



BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Srita. Felicitas Lozano

PROFESORA DE CANTO.

IPANDRO ACAICO.

Si no conociera por experiencia propia la honradez y buena fe de la casa editorial Ignacio Escalante, me atrevería á afirmar redondamente que habíamos sido víctimas de una criminal superchería. Quitemos veinte ó más composiciones que justamente podríamos apellidar de circunstancias, y yo os fío que las restantes de este libro pueden pasar por extremadas traducciones de algún poeta helénico desconocido. No, Ipandro Acaico no parece, ciertamente, un ingenio de nuestra época: tiene algo de aquellos poetas

A cui natura

Parló senza svelarsi, onde i riposi

Magnanimi allegar d'Atene é Roma;

á ejemplo de Leopardi, podría vender al público, como una traducción de Mosco, algún idilio suyo; nada hay en él que revele al poeta de nuestra edad, filósofo, sombrío, con la duda cartesiana en el espíritu y la sonrisa de Voltaire en los labios; no, nuestro poeta tiene la olímpica serenidad de un vate griego; la naturaleza habla á sus oídos con el lenguaje de los primeros días; posee el arte de afiligranar la frase, de hacer de cada verso un trozo de mármol pentélico alumbrado por el sol ardoroso de la Grecia; maravilla su sobriedad en el adorno y su sabor ático en la forma; no suele ser sentimental; pero es siempre estético; cualquier conocedor le tomaría por un poeta italiano del Renacimiento. ¡Cómo evocada por su pluma excelsa, surge de súbito la olímpica falange de los dioses! Vuelve á tomar

Pan el dulce caramillo; brota Cíterea de las húmedas ondas de Neptuno; despiertan las ninfas de los arroyos y corren juguetonas por las azuladas montañas de Thesalia; aparece un nuevo reinado de Saturno, un nuevo día de Astrea; Narciso, el hijo de la cerúlea ninfa, Kiriopé, torna á emprender su marcha por los bosques con el arco en la espalda, la flecha en la mano, enamorando á las flores que doblegan humildes sus corolas para morir dichosas á sus plantas; Diana, la casta reina de las noches, baja á besar la frente de Endimión dormido; las náyades se bañan en el límpido manantial que brota de esponjosa peña; se pueblan de sílfides los aires, de dríadas las cavernas; Eolo refrena el aliento ó desencadena á su sabor los huracanes; la ninfa Hesperia enjúgase el cabello en las orillas del Cebreno; Baco se corona de pámpanos, Vénus de myrthos, Apolo de laureles; Circe, la encantadora, vuela rozando con sus alas de incomparable nitidez, las crestas espumosas de las ondas; Tysifone, con su cabellera de víboras, su manto empapado en sangre, ceñido el cuerpo por un cinturón de serpientes, avanza con roja y funeraria antorcha en la siniestra mano, y llega hasta el lecho donde, con tranquilo sueño, duermen Athamas y su esposa, y arrancándose sus animados cabellos, que silban y destilan veneno y chasquean y muestran rojas lenguas, los esparce sobre el seno de sus víctimas, para que hinquen sus dientes y los muerdan con terribles mordeduras, á la vez que un veneno formado por las substancias más letales del infierno, se escapa y se dilata por los aires, penetra en los pulmones, los abrasa, y abrasa también en ellos la existencia; la hermosa Iris extiende sus matices en el cielo como el pavo real su cola espléndida; el rocío cuelga sus gotas cristalinas, descendiéndo á los tortuosos senderos, á las profundas tinieblas, al hondo silencio de la bajada de los muertos á la eternidad, abierta entre los mefíticos vapores de la laguna Estigia; y las plomizas aguas del río Letheo se pueblan de fantasmas, pálidos como la ictericia y terribles como el remordimiento, sin huesos y sin pelo, pero con destello fatídico en los ojos, semejante al revolotear de fuegos fatuos sobre el sangriento campo de batalla; y de todo este conjunto de monstruosidades y grandezas, bajo un cielo de cristalina transparencia formado por los átomos que andan como lluvia eterna en lo infinito, moviéndose en danza perpetua y componiendo misteriosos círculos, ya cayendo en polvillo brillante sobre las ténues alas de la mariposa, ya enrojeciendo las tintas de la aurora, ó condensándose en cristal de roca ó escapándose y desvaneciéndose en

el humo; á la orilla de lagos apacibles no desflorados nunca ni por las hojas de una rosa ó de una violeta, ni por las alas de una ave, de un insecto; bajo la sombra del plátano gallardo del Pireo, de este tálamo misterioso de la naturaleza, surge la estatua griega con el cántico en los labios y la radiosa inspiración en la frente, símbolo de aquella edad de síntesis suprema, en que la vida del hombre y la vida de la naturaleza se confundieron y se identificaron en el lecho de amores de la Grecia!

Esta resurrección maravillosa de la mitología, de esa augusta desterrada de nuestra literatura; esta resurrección de la forma helénica, de la severa forma clásica, encerrando el espíritu cristiano como en urna blanquísima de mármol, trae á la memoria el gran trabajo de unidad emprendido y llevado á cabo por el Renacimiento. A veces me inclino á creer—Dios quiera perdonarme la blasfemia,—que Ipan-dro Acaico, como poeta y como artista, tiene no poca semejanza con el apóstata Juliano. A fuerza de traducir á los bucólicos griegos, ha llegado á impregnarse de ese perfume indefinible que, si la frase se me permitiera, diría que huele á yerba fresca. Sus versos creyéranse tallados por un cincel helénico. Pudiera decirse que su estilo es transparente. ¡Cómo cobra nuevo ser y nueva vida en esas páginas la proscrip-ta falange de los seres mitológicos! ¡Qué elegancia en la forma! ¡Qué tersura en la frase! Vuelvo á decirlo: si no estuviera palpablemente convencido de lo contrario, afirmaríá que algunos de sus versos pertenecen á un poeta del Renacimiento. No se encuentra en ellos esa renuncia de la naturaleza que caracteriza á los poetas de los siglos medios; tampoco tienen nada del arte elegíaco y satírico de los romanos, verdadera descomposición del clasicismo, último suspiro del dios naturaleza; ni del arte místico, desaliñado en la forma, pero casto y tiernísimo en el fondo, arte asceta y macerado de los primitivos cristianos; no son teológicos como los tercetos del Dante, ni melancólicos como las raras cántigas de trovadores y sirventesios provenzales; no, allí la naturaleza celebra sus nupcias con el espíritu, allí el amor á la forma resucita; creyéranse ideados en la Atica, á orillas de la fuente del Iliso que murmura mezclando ese murmurio de sus aguas con el chirrido de la cigarra escondida en los haces de trigo que el labrador amontona por las tardes; en las majadas y en los oteros que escucharon los regalados versos de Teócrito; á la sombra de los olivos y los myrthos del valle de Colonna; entre el coro de ruiseñores que se aunaba á los cantos poéticos de Apolo desde las ramas y los

laureles del Himeto; en las orillas del Mediterráneo, de ese claro espejo que reflejó á la Pitonisa rasgando su blanco velo, su corona de verbena, y arrojando lejos de sí el áureo tirso que empuñaba en antes desde su excelso trípode, y que recibió en su húmedo seno al alma de la Grecia, de esa escultora clásica del hombre, caída como estatua funeraria sobre el derruído altar del gentilismo.

Pero en Ipanandro Acaico, al lado de ese amor á la belleza plástica, encuéntrase la irreprochable pureza del espíritu. Es el *Homo Duplex* de que nos hablan los antiguos. El culto á la forma no llega nunca en él á sofocar la idea. El misticismo, esa evaporación de nuestro espíritu, brota á cada paso de sus versos. ¡Oh, y el misticismo es una fuente inagotable de poesía! Santa Teresa de Jesús, escondida en el ángulo más obscuro de su celda, abrazando con sus nerviosos brazos los pies del Santo Crucifijo; vestida de un sayal burdo y grosero, ceñida por durísima correa; con las rodillas en las duras losas y el alma en los espacios celestiales; llamando á grandes voces á la muerte, porque la muerte no era para ella más que la espada tremenda del arcángel que corta las ligaduras terrenales, abriendo así la cárcel del espíritu; Santa Teresa de Jesús, decía, es la más perfecta encarnación de esa poesía mística que trasciende á los lirios orientales; de esa poesía eremita y macerada, que perdiéndose en idealidades hermosísimas, debe subir al cielo como las espirales del incienso, dejando al espíritu del hombre sumergido en un éxtasis delicioso. En esta poesía asceta y fervorosa es también extremado Ipanandro Acaico. Tiene la unción del peregrino que con las sandalias todavía cubiertas por el polvo venerado de la Tierra Santa, oreados los cabellos por las brisas de la Palestina, apoyado en el bordón de viaje, trayendo en su grosero saco de camino todo un tesoro de reliquias preciosísimas, llama á la puerta de humilde hospedería, y mientras la frugal cena se prepara, rodéase de las curiosas mujeres que le dirigen una lluvia de preguntas; de los niños, que, despertando de su sueño, se sientan en el pobre jergón y con gesto asustado le contemplan; y allí, repasando su memoria, relata una por una las grandezas de la Tierra Santa, extiéndese ante su vista el magnífico panorama de su viaje, y concluye su magnífico relato con una ferventísima plegaria.

Pero ¿sientan bien á los arranques místicos, á las leyendas religiosas, á las efusiones del amor divino, esos arreos vistosos y galanos, esa vestidura espléndida y profana, tomada ciertamente de los

grandes modelos clásicos que han sido y serán siempre los maestros inmortales de la forma? ¿No es más cristiano Fray Luis de León, cuando deja que su espíritu escape en efusiones tiernísimas, sin rebuscar los ornamentos de la frase, si no son aquéllos que en manera alguna perjudican á la sencillez y naturalidad del pensamiento? ¿No es mil veces más cristiano Beato Angélico, cuando traza con pincel sencillísimo esas vírgenes en que la misma materia se idealiza, sirviendo como de cristalina cárcel al espíritu, que no Rafael, cuando con arte maravilloso pinta sus Madonas, imágenes de la hermosa Fornarina? ¿Este consorcio de la belleza pagana con el espíritu cristiano, es hacedero?

No seré yo, indudablemente, quien dé contestación á estos problemas. Yo de mí sé decir, que me enamora el arte en donde quiera que lo hallo; que así me deleito con las fruiciones místicas que causan las ideales vírgenes de Beato Angélico, como me maravillo y me entusiasmo con las Madonas, más húmedas, es cierto, pero más bellas, del pintor de Urbino. Por eso he recorrido con avidez las páginas de Ipanandro Acaico. Yo no sé si es un teólogo, no sé si es un filósofo: sé que es un artista. Tiene la serenidad de un río caudaloso que apacible corre entre verdura. La luz ha penetrado á oleadas en su cerebro. Su poesía parece que se escapa gota á gota como el agua de un manantial escondido. En su paleta hay sólo tres colores: el azul, el blanco y el gris-perla. No es un mar que hierve, es un arroyo que se desliza. Pudiera aplicársele aquel elogio de Cicerón:

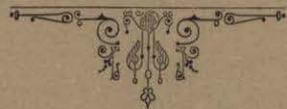
Quicquid come loquens ac omnia dulcia dicens.

Cuando habla del infortunado Emperador Maximiliano, tiene toda la gallardía y la gentileza de un vate de la corte. Cuando se entretiene en sabrosas descripciones, recuerda las églogas inmortales de Virgilio. Muchas veces, al recorrer sus recamadas estrofas, se me ha venido, sin querer, á la memoria, aquella égloga IV, en que el cisne mantuano, rasgando el velo de los tiempos con esa admirable previsión que sólo posee el genio, pide amparo á Lucina y á Apolo, porque va á decir los secretos y los misterios de las Sibilas, invoca á las musas de Sicilia para que eleven su cántico á los cielos, y profetiza la venida de Jesús, diciendo que una nueva progenie ha descendido, que la tierra va á ser purificada de sus manchas y la conciencia de sus errores; que el nuevo Redentor despojará al león de

su fiereza y á las serpientes de su astucia; que un nuevo orden nacerá del seno de los siglos, y la naturaleza se colmará de frutos y los hombres de virtudes; irán las juguetonas cabras al aprisco y entregarán de grado sus tetas cargadas de leche; el buey no sentirá el peso de su yugo ni la yerba la mordedura de la hoz; las adelfas perderán su ponzoña y las almas sus inquietudes, porque los antiguos dioses huyen y en el horizonte de los tiempos amanece el día eterno, el día esperado, el día bendecido de la nueva era.

¡Cuánta melancólica poesía encierra aquel preciosísimo soneto consagrado á la memoria de su padre! Ausente en lejanas tierras, cuando el pálido espectro de la muerte vino á sentarse junto á la apagada lumbre de su hogar, eleva á la memoria de su padre un cántico sencillo, y con honda aflicción convierte al cielo sus miradas: ¿por qué no le fué dado sentarse á la cabecera de aquel lecho, en donde agonizaba la prenda más querida de su alma? ¿por qué sus trémulas manos no cerraron aquellos párpados tantas veces humedecidos por sus besos? Sacerdote extraño le ayudó en el durísimo pasaje á la eternidad; acaso el pobre anciano quería depositar en el seno de su hijo sus últimas y santas confidencias; pero un inmenso piélago los separaba, y ni siquiera tuvo el triste huérfano el consuelo dolorosísimo de acompañar al fúnebre cortejo hasta que la tierra hubiese ya cubierto aquellos restos venerados y caros para su alma! Podría aplicarse á este soneto aquella afligranada frase de Saint Beuve: es una gota de esencia encerrada en una lágrima de cristal.

Ipandro Acaico podrá no ser un gran poeta; pero es seguramente un gran artista.



ALFREDO BABLOT.

Acaba de morir el más valiente, el más elegante, el más simpático, el más hábil revolucionario de la prensa mexicana.

Zarco personificó la prensa de los grandes combates, de las batallas campales: fué el publicista en la más alta acepción de esta palabra. Y por aquel entonces Bablot era el que regía corcel más ágil, de escarceos airosos, de gualdrapas deslumbrantes, de lomo que espejeaba como raso nuevo. Los acicates del ginete eran de oro y vestía él de rica seda. ¡Qué campeón tan gentil y tan gallardo! En la crónica desnudaba el florete de pomo cincelado y se batía con la arrogancia y la destreza atribuída á los mosqueteros de Luis XIII. Maestro en todo género de esgrima, él enseñó la esgrima de la gacetilla, y era esta, en su mano, como daga florentina. Ninguno estoqueaba con más rapidez y galanura; ninguno tenía como él tino tan grande para irse á fondo en el momento preciso; nadie tan experto para las fintas y los quites. El inventó en México la gacetilla avispa, la gacetilla luciérnaga, la gacetilla *no me olvides*.

En aquel tiempo sus aficiones artísticas, sus conocimientos musicales, su buen humor, llevábanle al teatro y á escribir de teatros le obligaban. El primer periódico que fundó en México, el *Daguerrotipo*, estaba dedicado especialmente á tratar de ocurrencias teatrales. ¡Y qué verba, qué denosura y qué elegancia hay en esas crónicas de ópera que publicó durante varios años en el *Siglo XIX*! No ha tenido ese diario cronista de mayor fuerza, ó, mejor dicho, de más

asombrosa agilidad y de más centelleante brillantez. Ni los otros periódicos tuvieron rival que presentarle ó ajustador que le venciera en el torneo.

Bablot tenía en grado sumo la facultad esencial del periodista, la facultad de asimilarse todo. Su inteligencia era diestrísima para la fotografía instantánea. Y en la lucha política útiles son los publicistas como Zarco, los que dejan caer la clava aplastando al contendor, y útil también el periodista como Bablot, que desconcierta al enemigo con movimientos rápidos, caracolea atarantándole y en el instante oportuno descubre la juntura de la coraza y por ahí encaja el estoque.

No le confundáis con los afrancesados de hoy en día, con los neuróticos, con los desequilibrados, con los bebedores de ajeno, que convierten la historieta en crápula y en obscenidad la agudeza; no lo confundáis con los *condottieri* que merodean en la gaceta y que piensan ya poseer la gracia gala porque tienen la desvergüenza del granuja; no era de los que visten la mómia de una idea con cintajos arrancados á la literatura menuda de la *Vida Parisiense*, del *Gato Negro* ó del *Gil Blas*, ni con los que ávidos se abrevan en las fuentes más turbias de Lutécia: ¡ah, no! su prosapia era muy otra; había bebido con deleite en los manantiales límpidos y frescos de las letras latinas; en su vaso escanciaban las musas vino de Chipre, que no absintio; sano, rozagante, fresco era su ingenio, y si, curioso, moderno enamorado de lo antiguo, iba á la saturnal alguna vez, entraba á ella, no tambaleando y con el cutis pálido por las vigilietas crapulosas, sino como risueño joven griego, coronada la sien de verdes pámpanos: era el francés alegre, malicioso, agudo; el docto en ese arte difícilísimo que nos enseña á ser reticentes y á poner en su lugar los puntos suspensivos; á decir cosas claras sin decir cosas crudas; el francés que tiene en el fondo mucho de Rabelais, pero que sabe entreabrir los labios cuerdamente para que de la carcajada sólo salga afuera la sonrisa.

Muchos copian las desnudeces de Gautier: pero el gran Theo desnudaba diosas y sus imitadores arrancan la camisa de la hetera. Muchos pretenden imitar la virulencia y procacidad de Rochefort; pero la arma de éste es el puñal brillante, y la de aquellos una sucia navaja de rapista.

Bablot no era de esos. Su vida periodística llena más de cuarenta años, y en toda ella ¡cuántas peripecias! ¡cuántos lances y aventu-

ras! Ya el duelo caballeresco, ya el encuentro en sombría calleja, ya el tutor burlado, ya el rapto audaz, ya la graciosa travesura: un párrafo que pica, otro que punza, una crónica que hiere, un artículo que mata, el quite á tiempo, la estocada mortal, el pronto asalto, y en todas esas peligrosas aventuras, siempre el ingenio, siempre la destreza, nunca el embozo ni la cobardía.

Y era acaso porque en Bablot predominaba el sentimiento artístico. Hasta para escribir una esquila era artista y era nuevo Alfredo. Crítica musical, crítica de arte, crítica literaria; el *Salón* de hoy, la ópera de anoche, la comedia de mañana, el muerto de ayer, la belleza que surge, el político que se hunde, la frase que corretea riendo por las calles. . . . todo eso está en la obra de Bablot. Y su casa, ¡qué núcleo para todos los enamorados de lo bello! Ibamos á ella como á las Islas Afortunadas.

Era Alfredo un gran niño á quien siempre faltaron ventanas en su casa para echar á la calle el dinero que ganaba. Y á tener grandes caudales habría sido un Mecenas este discípulo de Horacio. Si algo le gustaba y llevaba su precio en el bolsillo, aunque sólo eso poseyera, lo adquiriría. Imposible para él fué resistir á toda tentación de la belleza. El *Carpe diem!* sonaba en sus oídos y aprovechó las fugaces horas de la vida. Con otros se come bien. Cuando Alfredo era anfitrión se comía bellamente.

¿Qué sabía él? Pues todo. Lo que no sabía á las doce y media de la noche, ya le era conocido y familiar á la una de la mañana. Tenía el más completo itinerario intelectual que se haya visto, para dirigirse sin vacilaciones á cualquier punto del conocimiento humano; y contaba además con un tren rápido, relámpago, para ir en él con velocidad vertiginosa al sitio que elegía. Por esa cualidad fué, en nuestra prensa, el primer periodista, y ni tuvo antecesores ni dejó descendientes. Zarco fué señor también de esa prodigiosa facultad; pero no tenía tanta soltura, tanto arrojo, tan cabrilleante y movedido estilo. Era un gran periodista; pero la historia le considerará como el primero de nuestros grandes publicistas.

Bablot estaba en todo, sabía todo, veía todo. Su pseudónimo es el que realmente lo define: PROTEO. Quien no le vió en la redacción de un diario manejar las tijeras, poco sabe de ardidés periodísticos. Esas tijeras escribían, daban *original*, como se dice en términos de imprenta. Como el pico de la urraca sobre la joya brillante, caían ellas sobre lo nuevo, sobre lo bonito, sobre lo oportuno; y al morder-

lo se lo apropiaban de tal suerte, que aparecía, y casi era de la redacción á que servían, el impreso cortado. ¿Dejaban sólo á Bablot los redactores? Pues solía esto ser mejor para los subscriptores inteligentes del periódico.

Si alguna vez llego á escribir mis recuerdos ó á historiar la vida de los diarios en que he escrito, ya hablaré largamente de los dos últimos años del *Federalista*, únicos de que fuí testigo. Fueron los años tristes, los del esfuerzo heroico, los de la bárbara agonía

Del que quiere evitar lo inevitable.

Pero en sus años juveniles, en las primeras campañas de ese Richelieu, ¡qué triunfos y qué fiestas! Su algazara llegaba á mis oídos de niño. Con el *Federalista*, Bablot hizo una gran revolución en la prensa de México. Arrumbó los ídolos; señaló la peluca ridícula del pedante y doctrinario editorial, vestido siempre de negro; inventó la gacetilla viviente; dió al periodismo su escuadrón volante, su caballería ligera. Con perspicacia finísima descubría al hombre inteligente, y éste iba á él, no prendido en el chuzo del trapero, sino obedeciendo á los impulsos de irresistible simpatía. La inteligencia se le agrupó; y la inteligencia lo quiso.

El *Federalista* era ministerial; el *Federalista* en los últimos años de Lerdo, defendía un gobierno que era ya detestado; y á pesar de eso, el *Federalista* era el diario más simpático, el más buscado, el más leído. Era Bablot haciendo suertes: escamoteaba al gobierno, aparecía él en su lugar y le aplaudían.

De esta simpatía, propia del hombre, era reflejo el estilo del escritor. Definir ese estilo, es muy difícil: llamarémosle *proteico*. Unas veces serio, otras festivo; ya mal intencionado, ya galante; ora vestido con el manto que tiñó el múrice de Tyro, ora llevando con desgaire la chaquetilla del pilluelo parisiense, ese estilo se transformaba en interminables avatares. Pero eso sí, lo que escribía Alfredo era leído siempre. La primera línea del artículo era un aperitivo; la segunda un arenque; y estimulada ya la sed, bebíamos todo.

Tan grande era su facultad de asimilación, que vino á México sabiendo bastante latín, mucho francés y con buenos estudios de humanidades; pero sin saber pizca de español; y á poco ya escribía en castellano, con igual soltura que en su lengua nativa; ya escribía en nuestro idioma literariamente, empleando giros clásicos y lucien-

do todas las galas del buen decir, muy más que los tenidos en aquel entonces por disertos y por galanos escritores.

¿A cuál se parecía ese estilo de Bablot? Un poco al de Janin, con quien tenía Alfredo afinidades por su latinismo y por el culto al poeta de Mantua, lo propio que por la milagrosa facilidad con que ambos escribieron. Pero si Bablot quería, su estilo se asemejaba al de cualquier otro.

Figuraos un baile de máscaras en Venecia, un combate de flores en Niza, una batalla de *confetti*; muchas luciérnagas, muchas mariposas, rumor de granizo, risas de niños en la tarde del sábado, ruído de incontables cabecitas de alfiler que llueven sobre tejados de metal; y entre esta baraunda, un plinto griego, un fresco pompeyano, un verso de Ovidio, un latigazo de Juvenal, una estatuita de Versalles, una línea de Rafael, una gota de color caída del pincel de Rubens, y todo eso admirablemente combinado era el estilo de Bablot. Barajaba cartas muy bonitas, y siempre, al caer en el tapete verde, predecían buena ventura.

¡Y todo eso perdido.....! ¡Todo ese talento ya apagado como el esqueleto del *castillo* que tan deslumbrantes cohetes lanzó al aire! ¡Allá en las colecciones de periódicos que encierran el pensamiento como en ataúd! ¡Allá en la memoria de los amigos que también se va apagando.....! ¡El periodista crea para el olvido!

A la tumba del que bien quise no iré hoy con elegías. A él le apenó siempre ver triste á algún amigo. De rosas frescas, no de amarillas inmortales, es la corona que le dejo.





D. ANDRES QUINTANA ROO.

Diciembre 16 de 1893.

Algunos jóvenes devotos de las letras se reunieron el domingo último para inaugurar una agrupación literaria, á la que han dado el nombre de QUINTANA ROO. El insigne meridano, aquél de quien Blanco White decía: «en la tierra donde hay pensadores como él, la esclavitud es imposible;» el amador romancesco de Leona Vicario; el consejero, el espíritu socrático del gran Morelos, dará buena suerte á los muchachos, fieles y entusiastas, que para honrarle se congregan. Digan ellos con él:

Renueva ¡oh musa! el victorioso aliento
Con que fiel de la patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento.

Quintana Roo fué de esos hombres que parecían venir á la contienda armados caballeros por Plutarco; de los contemporáneos, redivivos de Cicerón y de Tácito; de la falange que pensaba con sobrehumana quietud y hablaba con excelsa limpidez y batallaba con pujanza atlética. Varón eximio de la antigüedad, en nueva carne, era Quintana.

Da á los hombres de tal linaje su prestigioso poderío, cierto ascetismo, no contemplativo, sino campante y guerreador; salen del claustro, con la color amarilleada como por inexplicable contagio contraído en el incesante comercio con los pergaminos venerandos, más no reingresan á la vida entecos ni con ansias de muerte, sino arro-

jados, animosos, á manera de aquellos pontífices medioevales, tan expertos teólogos como hábiles ginetes, y tan duchos en controversias como en lides. Se les tomará por santos desprendidos de polvoso lienzo monacal; pero son campeadores de poderosa resistencia y alma impávida. No encontraréis en los modernos sabios ó guerreros, esa ecuanimidad inalterable. Fueron hombres de una pieza, duros, macizos, briosos y altos.

En algunos, como en D. Andrés Quintana Roo, el físico y hasta la benévola mirada no revelaban al robusto contendor: parecían débiles aquellos forzudos combatientes, aquellos recios pensadores. Había que retraerles para juzgarles.

Así, supongo, que á Prieto pasmaría en su primer encuentro con Quintana Roo, verle encorvado, viejecito, de «barragán encarnado; vestido nuevo, negro y correcto, corbata blanca mal anudada y sombrero maltrecho con la falda levantada por detrás,» tal como nos lo pinta en sus preciosísimas MEMORIAS, aun inéditas. Pero, á poco, Prieto se fija en los ojos «expresivos y brillantes» del anciano; en su frente «olímpica y llena de magestad,» y entonces se da cuenta de que todavía anima á aquel hombre el alma entera de la Independencia. Oye hablar á Quintana, y queda fascinado, siente correr la insurrección por sus hinchadas venas, ve á Morelos, penetra en el claro y recto camino que señaló por vez primera la República en el Congreso de Chilpalcingo.

La poesía de Quintana era la única entusiasta, á veces la única que de cuando en cuando sonaba á bronce, á chocar de escudos; la única viril en aquella época que requería toda la virilidad de la nación para el combate armado, y no la desperdiciaba en versos ni en arengas. Alza su pecho de amazona en algunas estrofas, vigorosa y genial respiración. La bandera comienza á ondear, izada en el mástil, en el adónico de un sáfico. Ya hay Patria y ya hay América en esa amplia poesía.

Antes de Quintana Roo, ¡qué tristes y qué lívidos los poetas, que ni me atrevo á llamar nuestros, de las edades anteriores! Y en su tiempo, ¡qué débiles y qué enfermizos los coetáneos! «Restaurador del buen gusto,» le llaman, á pesar de que el Sr. D. Francisco Pimentel, en su muy laboriosa y erudita «Historia Crítica de la Poesía en México,» no parezca consentir con beneplácito en que tal título le den, por tener éste como ya ganado antes por el melífero padre Navarrete. Tampoco por restaurador le tengo yo, porque nada cas-

tizo había que restaurar. Los poetas nacidos en México y florecientes en los siglos XVI, XVII y XVIII, son imitadores más ó menos fáciles, más ó menos correctos de latinos, ya muy desfigurados por expurgos, ó de culteranos y artificiosos españoles. No exceptúo ni á la *décima musa*, á la gentil Sor Juana Inés, porque labor de monja, un tanto cuanto mundana, es la que nos dejó; y no obstante, lo sutil y agraciado de su ingenio, salvo tal cual acierto y dispersos donaires, nada trajo al acervo literario.

Parafraseaban salmos, trenos ó himnos bíblicos, aquellos buenos franciscos, agustinos ó dominicos; procuraban infundir fervor y piedad en sus poesías; más siempre fué para ellos muda la naturaleza, guardadora, para otros, de recónditas bellezas; siempre se les aparecieron muy vestidos y afeados los modelos clásicos, y no vivirán, no viven, apenas sí vivieron, versos que duran lo que breves cirios puestos en más ó menos pulcras cornucopias.

No me convence de lo contrario, el sabio D. Francisco Pimentel, por más que hable de Saavedra Guzmán, de Terrazas, del tepaneca Plácido y de Eslava. Aquella poesía pobre, mal traída y sufragánea de la española y de la española piadosa, carece de vigor, y siempre careció de lozanía. Y eso por lo que toca á la poesía del siglo XVI, que en cuanto á la de las dos centurias siguientes, casi toda es misérrima. Huélgome de que el jesuita Landivar escribiera su poema latino *Rusticatio Mexicana*; pero huélgome, porque dió lugar á que el padre Pagaza parafraseara, hermosteándolo, y no por gusto, sí por complacencia, el tal poema; pues quien ha embellecido las versiones castellanas de Virgilio y Horacio, bien que puede hermostear, transfigurándolo, á Landivar.

El Padre Fray Manuel Navarrete, el *Mayoral* dilecto de la *Arcardia*, era, en resumen, «Mayoral extraño, como aquel del soneto tan gustado.» Y, bajando á los contemporáneos de Quintana Roo, al padre Ochoa y á Tagle, ambos conspícuos, puede aseverarse que ni en uno ni en otro hubo robustez ni espontáneas y libres energías.

¿Qué había de restaurar Quintana Roo? El, sí tenía excelente intelección de la literatura clásica, y por ende llevó al redil ovejas descarriadas. Sabía por do quedaban los viejos lares de la poesía. Pero, sólo con eso, de poco habría servido la belleza y nada habría fundado ni entrevisto algo nuevo. ¿Y fundó? En rigor, no; pero sí fué de los primeros en columbrar un gran amanecer. Sintió el soplo de la Oda que pasaba, y sacudió sus cadenas y tuvo intentos de

volar para alcanzarla. De sus labios, como de la estatua de Memnón, herida por el sol naciente, brotó el canto, ¿Cómo culparle de que no corriera por todo el inflamado firmamento en la cuadriga voladora de los cantos épicos, si epopeya mayor, poesía más alta, tocábale realizar en la contienda humana? Adivinar la República, sentirla, verla, hacerla en el Oriente para que ascienda é ilumine á una libre Nación: he ahí su gloria. Vivió el poema. Hizo la hazaña para la oda y para el bronce.

La fórmula de nuestra nacionalidad, la dió Quintana. Dijo á la Libertad: tu santuario es la República. Ya por tierra echaste las fortalezas enemigas: entra ahora á la tuya!

Y en el crepúsculo vespertino de una existencia fatigosa, cuando, como dice Manzoni, «cae, sobre la blanca página, lánguida la mano,» cantaba el viejo bardo y había bronceos ecos en sus versos.

Amó la patria, la libertad y la belleza. Su nombre os dará amparo y propicia suerte, amigos jóvenes!



D. ANTONIO DE VALBUENA.

«RIPIOS ACADÉMICOS.»

Hace poco hablaba—y por cierto que imprescindibles atenciones me han impedido continuar la empresa, dejándome con la deuda, que muy en breve pagaré—de las «Cartas Americanas» de D. Juan Valera, crítico por todo extremo pulcro, y también, á las veces, por todo extremo indulgente. Aun cuando le dé á Valera por ser justo y por decir sin ambages lo que piensa, da á la censura forma tan cortés, tan de buen tono, que no hay medio de echar todo á barato armándole camorra. El reverso de la medalla es D. Antonio de Valbuena, crítico pendenciero, de voz ronca y gritona; escritor que se pone en mangas de camisa cuando se propone criticar á alguno, y en la actitud de quien se alista para dar puñadas; literato muy erudito, pero jayán y montaraz, más diestro en el manejo de la navaja que en el de la espada; majo de mucha gracia y de muy buena sombra, pero incapaz de hablar en un salón sin soltar redondos ternos y juramentos de mayoral. Cuando el Sr. Valbuena escribe para el público, no está á sus anchas, tiene que reprimirse y contenerse como aquel Cadillac protagonista de un sainete francés, á quien su dama le exigió, por prueba única de amor, que durante una hora no dijera ninguna mala palabra. Sentiría desahogo el Sr. Valbuena si le permitieran escribir é imprimir los vocablos bajos que le dicta la cólera y que él reemplaza con puntos suspensivos. Supongo que no es capaz de hacer mal á nadie; reconozco que cuando se enoja y gruñe, tiene razón y justicia casi siempre; creo que toda su ira se va en gritos; pero el